

---

Aiello, F. (junio, 2019). "Vida leída y lectura vivida". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 8 (4), pp. 212- 217.

Iparraguirre, Sylvia

**La vida invisible**

Buenos Aires

Ampersand

2018

136 páginas



---

Vida leída y lectura vivida

Francisco Aiello<sup>1</sup>

*La vida invisible* de Sylvia Iparraguirre se suma a la colección Lector&s de la editorial porteña Ampersand, que dirige Graciela Batticuore. Se trata, pues, de un texto autobiográfico –no exento de desvíos hacia el ensayo– en el que esta reconocida narradora argentina se remonta a la infancia para trazar su trayectoria como lectora a lo largo de su vida. El título del volumen plantea una escisión constatada desde la infancia entre la vida visible –familiar, escolar– y aquella otra que tenía lugar lejos de la mirada de los demás para emprender aventuras en espacios exóticos o seguir destinos imprevistos. Claro que tal perspectiva no implica que la actividad de la lectura conlleve

---

<sup>1</sup> Doctor en Letras (UNMDP). Profesor Adjunto, Departamento de Letras (Facultad de Humanidades, UNMDP), Investigador Asistente de CONICET. Correo electrónico: aiellofrancisco@yahoo.fr

siempre un aislamiento respecto del mundo tangible. Por el contrario, en particular la evocación de la infancia recorta escenas de lectura enmarcadas en bibliotecas familiares y compartidas principalmente con el padre, figura central en la formación de la lectora por no delimitar anaqueles supuestamente aptos para la niña y, en cambio, darle libertad para tomar cualquier volumen. Por otro lado, la lectura provee mundos *invisibles* que despiertan tal admiración en Iparraguirre que el encuentro personal con los autores merece menciones signadas por la voluntad de tributo, como sucede con Ernesto Sábato y con Julio Cortázar, quienes son evocados en distintas zonas del libro. Mayor es el lugar que el texto asigna a Jorge Luis Borges, no solo por la temprana admiración hacia su obra, sino además porque la escritora tuvo el privilegio de contarse entre los alumnos que tomaron con él clases de Literatura Inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Sin embargo, la zona más personal del libro está vinculada con Abelardo Castillo, quien fue pareja de la autora, por lo que la figura de este destacado cuentista argentino trae consigo una inflexión confesional que rinde homenaje a una larga relación de amor y de vital vínculo con los libros y con la literatura.

A lo largo del itinerario de lecturas que Iparraguirre va eslabonando resuenan zonas de su propia escritura. En algunas ocasiones, ella misma señala la incidencia de ciertos textos en su obra de creación, de lo cual registra un precoz antecedente: un diario personal, de corta vida, alentado por la colección *La pequeña Lulú*. Ya en lo referido a su obra publicada, la autora subraya la importancia de escenas de lectura compartidas con el padre en las que se festejaban distintas expresiones de humor, tan presente en su primera novela, *El parque*, y en otros textos suyos. Por otro lado, un libro singular, *Pequeño manual del misionero para evangelizar a los indios fronterizos*—escrito por un sacerdote español que visitó en varias oportunidades la casa de los abuelos de Iparraguirre en Los Toldos— puso de manifiesto ante la joven Iparraguirre el imposible encuentro entre la Iglesia católica y los indios, problemática que siguió asediando a la autora, quien se dedicó a ella en *La tierra del fuego*. Ahora bien, además de estas escasas alusiones a la propia obra, pueden reconocerse intereses y obsesiones en esta autobiografía lectora que remiten a la escritura de ficción. Es lo que sucede, por ejemplo, en el capítulo tercero cuando la escritora recuerda el impacto la novela *El expediente H.* del albanés Ismaíl Kadaré, en la que se narra la historia de unos eruditos

norteamericanos que viajan a Albania para estudiar prácticas de narración oral entre campesinos, quienes podrían ofrecer una clave sobre la transmisión de los poemas homéricos. Allí puede reconocerse un núcleo argumental transfigurado en el filólogo Pomorska, uno de los personajes de *El parque*, que se obsesiona con los poemas manuscritos de un campesino griego del siglo XIX y decide viajar –en la misma época de la investigación de los personajes de Kadaré– a la aldea natal de ese misterioso autor del que casi nada se sabe. Sin agotar las posibles relaciones, cabe mencionar el interés de Iparraguirre por los estudios lingüísticos que la llevó a elaborar una tesis de doctorado en sociolingüística, la cual no pudo ser presentada a causa del contexto autoritario imperante durante la dictadura militar 1976-1983, cuando cualquier temática social era objeto de sospechas. En “El dueño del fuego” –del volumen *En el invierno de las ciudades*– se ficcionaliza una clase de etnolingüística a la que asiste un toba en calidad de informante, término que adopta una carga negativa a lo largo del cuento por reducir al visitante a su rol instrumental en detrimento de la posibilidad de otorgar voz a ese sujeto con sus historias y visiones del mundo.

Tal interés por los estudios lingüísticos conduce a considerar una dualidad que atraviesa *La vida invisible*: en la narradora conviven una lectora espontánea guiada por el gusto personal y los recorridos azarosos junto a una lectora académica que –pese a la pauperización de la carrera de Letras en la década de 1960– pudo sacar provecho de ciertos textos durante su paso por la universidad, principalmente de tipo filológico pero también saberes vinculados con la historia de la literatura que, como reconoce Iparraguirre, no habría incorporado de otro modo. En esta tensión, se advierte que en lo referido a algunos textos descubiertos tempranamente, que resultaron muy significativos, el encuentro directo con el texto parece ganar la partida, en detrimento de las lecturas *expertas*. Es lo que ocurre con *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, lectura realizada durante la adolescencia que provocó una sostenida interpelación dado el tratamiento de distintos conflictos humanos, la cual no fue apaciguada por el contacto con una copiosa producción bibliográfica acerca de esa novela dieciochesca y con el consabido repertorio de tópicos asediados por la crítica especializada. Otra lectura de la etapa de formación que acompaña a la autora hasta la actualidad con la misma devoción es Jorge Luis Borges, a cuya obra ingresó gracias a unos poemas de *Fervor de Buenos Aires* que propuso una profesora de la escuela secundaria. Como en el caso de Robinson,

los estudios consultados no lograron morigerar esa seducción suscitada por el encuentro directo con el texto. De manera que las lecturas llamadas especializadas no anulan la experiencia personal de quien lee, sino que la reactivan en un diálogo coral en el que intervienen el texto, la lectora Iparraguirre y las otras lecturas. Sin embargo, entre los libros provenientes del campo de la teoría hay uno que se destaca al punto de superar esa instancia accesoria que parecen representar los estudios dedicados a Defoe o a Borges: se trata de la obra de Mijail Bajtín. Y no es meramente anecdótico que su *Estética de la creación verbal* se haya presentado ante Iparraguirre no gracias a las aulas de la facultad, sino en una librería porteña, índice tanto del estancamiento intelectual del ámbito universitario como de la fruición por la teoría literaria en el campo cultural argentino. Iparraguirre le asigna al teórico ruso un lugar destacado en su formación, en tanto la perspectiva bajtiniana introdujo en ella modificaciones profundas en su perspectiva: “empecé a pensar de otro modo la literatura” (81).

Estos dos modos de leer –el espontáneo y el académico, de acuerdo con la caracterización de la propia autora– no solamente son descriptos mediante la evocación de impresiones y de ideas provocadas por los distintos tipos de textos, sino que además son puestos en escritura en distintas zonas de *La vida invisible*. En efecto, Iparraguirre escribe sus lecturas de acuerdo con ambas modalidades. Por un lado, el tránsito díscolo por numerosos libros suscita escrituras fragmentarias que se reúnen en el capítulo 8, titulado “Diario de los libros”. Allí se suceden autores europeos, estadounidenses y latinoamericanos de distintas épocas, cuyos textos son revisitados desde un prisma muy personal, en tanto la relectura habilita asociaciones entre el texto e intereses personales –como el habla cotidiana presente en novelas de Manuel Puig–, así como también abren interrogantes sobre la creación de textos admirables o acerca de condiciones vitales en las que se produjeron. A diferencia de este entramado de comentarios breves, en el capítulo anterior, “*Ana Kerenina: una lectura*”, Iparraguirre despliega un discurso ensayístico que –si bien se sustrae de las pautas académicas propensas a ostentar erudición– deja entrever un amplio caudal de lecturas acerca de la gran novela rusa, con las cuales traba un diálogo oblicuo –evitando el tedio de la citación– que le permite construir una lectura personal sólidamente argumentada e informada sobre los lugares comunes con los que se ha caracterizado el texto de Tolstói. De hecho, la propuesta de Iparraguirre se organiza a partir de la consideración de dos tópicos largamente

recorridos por los exégetas de *Ana Karenina*: la cima de la novela y la consideración del texto como “más grande que la vida”.

De manera que *La vida invisible* se presenta como un libro muy personal con una escritura diáfana, que resulta atractivo por diversos motivos, entre los que cabe destacar el carácter entrañable de los recuerdos de infancia en que comenzaron a forjarse imaginarios que siguen acompañando a la autora, especialmente vinculados con la actividad de la lectura. También se abre un diálogo en torno de obras canónicas revisitadas, que invitan al lector a volver sobre un vasto repertorio de textos, especialmente narrativos (aunque la poesía tiene su propio capítulo de estructura antológica). Esas obsesiones literarias ofrecen asimismo claves de ingreso a la obra narrativa de Iparraguirre, quien deja ver en este libro rasgos, estilos, temáticas de textos que calaron tan profundo su concepción de la literatura que pueden reconocerse en sus propios libros de ficción. Asimismo cobra valor el relato en primera persona que registra momentos significativos de la cultura argentina, como los avatares padecidos por la universidad bajo regímenes autoritarios. Así, *La vida invisible* escapa de la saturación autorreferencial, trabando un cruce entre lo individual y lo colectivo y desviándose de la escritura del yo para asumir también modulaciones ensayísticas.

## Referencias bibliográficas

Iparraguirre, S. (2018). *La vida invisible*. Buenos Aires: Ampersand.